

Abandonando la caverna en busca de la vida (Lectura platónica de *La caverna*¹ de Rodolf Sirera)²

Pau Gilabert Barberà
Universitat de Barcelona³

A Rosa Cabré, Mireia Sopena, Òscar Bodi y Àlex Matas

Dispuesto siempre a alertar tanto a espectadores como a lectores del peligro de ubicarse cómodamente en el reino de la ficción, de falsear la vida y también la muerte hasta convertirlas en auténticas, pero lamentables, representaciones teatrales⁴, R. Sirera otorga a sus textos la categoría de auténticos acicates de la conciencia. Cabe suponer que, si se trata de la propia, partiendo como parte de la convicción –de otro modo podría ahorrarse el placentero pero difícil arte de la escritura-, todo ha de resultar mucho más fácil, pero la madre Psicología nos ha enseñado a detectar resistencias universales, presentes en casi todos, al cambio, al paso lógico a la madurez e incluso a la “conversión”. Para salvar, pues, esta contrariedad notable, basta poner a los personajes –y, si era necesario, a nosotros mismos- en situaciones límite, ante las cuales es imposible no reaccionar o, mejor aún, no “atacar”. Y, una vez se ha optado por una estrategia claramente bélica, tampoco puede sorprender que los generales que deben llevarla a feliz término –es decir, a la victoria- no puedan permitirse el lujo de ser ni misericordiosos, ni educados, ni mucho menos complacientes; antes al contrario, el dramaturgo valenciano se inclina a menudo por individuos sin escrúpulos como un marqués sádico⁵ o un contrabandista⁶, adicto éste último al beneficio propio y acostumbrado a traficar, si se la oportunidad llega a presentarse, con la vida humana.

A su vez, las situaciones extremas han sido creadas en más de una ocasión con la ayuda inestimable de espacios cerrados y claustrofóbicos. En *El verí del teatre (El veneno del teatro)*, era un actor muy famoso, Gabriel de Beaumont, quien de repente se descubría atrapado en un espacio lujoso, pero reducido, sometido a una especie de aplicación práctica de las teorías del sofista Antifonte, según las cuales él no podrá demostrar jamás que un marqués loco le mantiene prisionero en una habitación de su palacio por la sencilla razón de que no ha habido testimonio alguno que lo pueda certificar⁷. Ahora, en cambio, nos hallamos en la caverna de una isla

¹ *Teatre Català contemporani. Els Textos del centre Dramàtic*, nº 7. Barcelona: Lumen, 1995. Todas las citas, que he traducido al castellano, corresponderán a esta edición y la numeración entre paréntesis a ella se refiere.

² Publicado por vez primera en Catalán en el número 14-15 de *Itaca. Quaderns Catalans de Cultura Clásica*, Barcelona 1998-99, pp. 119-138.

³ Profesor titular del *Departament de Filologia Grega de la Universitat de Barcelona*. Gran Via de les Corts Catalanes 585, 08007 Barcelona. Telf: 934035996; fax: 934039092; correo electrónico: pgilabert@ub.edu; página web personal: www.paugilabertbarbera.com

⁴ Ni que decir tiene que *El verí del teatre* sería el ejemplo emblemático de lo que acabo de decir.

⁵ Lo suficientemente sádico para preferir la contemplación de la muerte real de Gabriel de Beaumont a su representación ficticia o teatral. En *El verí del teatre* se contraponen, pues, dos visiones diferentes del acto de contemplar (*théamai*), de tal suerte que, para el marqués, la pasión y el entusiasmo sólo pueden hacer acto de presencia en el espectador si se asesina la falsedad o irrealidad de lo representado, es decir, el mismo teatro.

⁶ Verdadero provocador de la concienciación del joven protagonista de *La caverna*, aunque, como se verá, utilizando métodos igualmente violentos.

⁷ Recuérdese que, según el papiro de Oxirrinco (XI, n. 1364 ed. H(unt)., fr. B 44 de la edición de H. Diels- W.Kranz. *Die Fragmente der Vorsokratiker*, vol. 1, 6th edn. Berlin: Weidmann, 1951, rpr. Dublin / Zurich, 1966), Antifonte, uno de los máximos representantes de la “clásica” oposición sofística *phýsis* /

mediterránea, cerca de Nápoles, y no en una mansión aristocrática, de manera que la oscuridad, las incomodidades y toda la opresión propias del “submundo” quedan garantizadas de antemano. Aún no ha llegado el momento de señalar que, amparándose en las sombras trémulas de un habitáculo como éste, R. Sirera jugará tanto como le sea posible a introducir dudas sobre una realidad que no es sino pura apariencia o ficción. Perfectamente real, por ejemplo, es la caverna para el joven protagonista, en cuyo interior se encuentra solo consigo mismo –y la experiencia no le complace-, presa del miedo y de todo tipo de angustias, pero falsa a la vez porque es la caverna imaginaria de una obra de ficción, y condenada, por tanto, a perder la vida más allá de las páginas en que aparece citada o de la mente del lector. Y, sin embargo, esta caverna tiene mucha más entidad de lo que podría creerse, pues no ha sido creada *ex nihilo*, sino que se sabe heredera de otra secular, hecha de tradición, que en sus orígenes residía tan sólo en los primeros capítulos del libro séptimo de *La República* de Platón. En un primer examen, alguien podría considerarla como un fardo, llamado por el destino a dejar exhaustos a cuantos osen ofrecerle sus espaldas, pero éste no parece ser el caso, por razones obvias, de R. Sirera, poco propenso a cuestionar la paternidad platónica de todas las cavernas literarias y, por el contrario, muy feliz de poder servirse de ella sin sentir por ello que le han hurtado sin su permiso la irrenunciable libertad de creación.

De hecho, la relación amistosa evidente con la imagen antigua –imagen filosófica, por lo demás- está plenamente justificada. Al fin y al cabo, de la imagen platónica de la caverna se desprende una exhortación clara a la comparación, al paralelismo entre aquella “imagen⁸” y la ascensión del alma hacia la región inteligible, hacia la idea del Bien, la única luz, la Luz, que comprensiblemente cierra la pupila de cuantos suelen vivir inmersos en la oscuridad y soportan el lastre de la materia. Por consiguiente, si ya tenemos el modelo consolidado, ¿para qué crear otro? Basta con insinuar, y osaría decir que con una ironía mal disimulada, que cualquiera es muy libre de alzar el vuelo hasta donde guste o pueda, pero los hay que, seguidores de un credo

nómos mantenía: “Así, pues, justicia es no transgredir las disposiciones legales de la ciudad en que vivimos. Por tanto, un hombre podría practicar la justicia muy en beneficio propio, si ante testimonios observa las leyes como soberanas, pero, sin testimonios, las de la naturaleza. En efecto, hay leyes impuestas, pero las de la naturaleza son necesarias. Las leyes pactadas no son innatas, mientras que las de la naturaleza son innatas y no pactadas (Col. 1). Así, pues, si al transgredir las disposiciones legales, logramos pasar desapercibidos a los que las han pactado, nos vemos libres de ignominia y de castigo... Efectivamente, se legisla para los ojos” (Col. 2) (δικαιοσύνη οὖν τὰ τῆς πόλεως νόμιμα, ἐν ἣ ἂν πολιτεύηται τις, μὴ παραβαίνειν. χρῶιτ’ ἂν οὖν ἄνθρωπος μάλιστα ἑαυτῶι συμφερόντως δικαιοσύνηι, εἰ μετὰ μὲν μαρτύρων τοὺς νόμους μεγάλους ἄγοι, μονούμενος δὲ μαρτύρων τὰ τῆς φύσεως· τὰ μὲν γὰρ τῶν νόμων ἐπιθετα, τὰ δὲ τῆς φύσεως ἀναγκαῖα· καὶ τὰ μὲν τῶν νόμων ὁμολογηθέντα οὐ φύντ’ ἐστίν, τὰ δὲ τῆς φύσεως φύντα οὐχ ὁμολογηθέντα (Col. 1) τὰ οὖν νόμιμα παραβαίνων εἰὰν λάθῃ τοὺς ὁμολογήσαντας καὶ αἰσχύνῃς καὶ ζημίας ἀπὴλλακται... νενομοθέτηται γὰρ ἐπὶ τε τοῖς ὀφθαλμοῖς (Col. 2) -la traducción es mía).

⁸ 517b: ‘Pues esta imagen’, decía yo a mi vez, ‘estimado Glaucón, hay que aplicarla en su totalidad a lo que se ha dicho antes, comparando, por una parte, este espacio que se nos muestra por medio de la vista con el habitáculo de la prisión y, por otra, la luz del fuego de su interior con la fuerza del sol. A su vez, la subida hacia arriba y la contemplación de lo que allí hay, si la tienes por la ascensión del alma hacia la región inteligible, al menos no te separarás de lo que es mi esperanza, ya que tanto deseas saber cuál es... Pues verosímilmente es más o menos así, si lo pensamos según la imagen que se ha mencionado antes’ (Ταύτην τοίνυν, ἣν δ’ ἐγώ, τὴν εἰκόνα, ᾧ φίλε Γλαύκων, προσαπτέον ἅπασαν τοῖς ἔμπροσθεν λεγομένοις, τὴν μὲν δι’ ὅψεως φαινομένην ἔδραν τῇ τοῦ δεσμοτηρίου οἰκῆσει ἀφομοιοῦντα, τὸ δὲ τοῦ πυρὸς ἐν αὐτῇ φῶς τῇ τοῦ ἡλίου δυνάμει· τὴν δὲ ἄνω ἀνάβασιν καὶ θέαν τῶν ἄνω τὴν εἰς τὸν νοητὸν τόπον τῆς ψυχῆς ἀνοδὸν τιθεὶς οὐχ ἁμαρτήσῃ τῆς γ’ ἐμῆς ἐλπίδος, ἐπειδὴ ταύτης ἐπιθυμεῖς ἀκούειν... εἰκὸς γὰρ που οὕτως, εἴπερ αὐτὰ κατὰ τὴν προειρημένην εἰκόνα τοῦτ’ ἔχει -la traducción es mía siguiendo la edición de J. Burnet. *Platonis Opera*, vol. 4. Oxford: Clarendon Press, 1901, rpr. 1968; *idem* por lo que hace al resto de citaciones de la imagen platónica de la caverna).

terrenal y positivista –no sé leer a R. Sirera de otro modo-, saben frenar los arrebatos de los maestros metafísicos sin tener que renunciar, empero, a las imágenes espléndidas con que ilustran sus “tránsitos”.

Sea como fuere, aquella imagen platónica está presente en la memoria cultural de todos nosotros. Por el contrario, sería aconsejable que, a pesar de traicionar la estructura narrativa de *La caverna*, explicáramos su argumento a fin de comprender rápidamente las circunstancias que han ocasionado que un joven de buena familia se halle en “régimen subterráneo” de privación de libertad:

He aquí una familia italiana acomodada de fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX. La esposa ha muerto y el viudo se ha casado de nuevo con una inglesa. Se instalan en Inglaterra, aunque la razón principal no parece ser el nuevo matrimonio, sino los negocios del marido. Hay dos hijos de la primera esposa. Como tradicionalmente han hecho y hacen las buenas familias, los jóvenes son enviados al extranjero, para que se conviertan así en ciudadanos cultos y preparados para los puestos de privilegio que ocuparán en la sociedad. Así, pues, y con todos los matices que quepa introducir, nos situamos en la órbita del “Grand Tour⁹” que se practicó durante siglos hasta que devino simplemente “turismo¹⁰” –me refiero, caro está, al menos caprichoso. El hijo mayor se halla en Italia; en principio se ha desplazado allí para estudiar Arte y, a lo que parece, no ha sido necesario empujarle, sino que se ha movido por iniciativa propia. El menor, en cambio, de diecinueve años de edad, se ha resistido a abandonar la comodidad del hogar familiar, pero ahora lo hallamos también rumbo a Italia vía Gibraltar explicando al capitán del navío que, además de querer reunirse con su hermano y llevar a término una serie de transacciones comerciales para la empresa de su padre, se desplaza a Italia por placer. El capitán, que parece confiar en él desde el primer momento, le comunica generosamente que podría ponerlo en contacto con personas muy relevantes de la revolución contra el Absolutismo que quiere restablecer la Constitución¹¹. Sea como fuere, el joven se desentiende por completo, al tiempo que se apresura a añadir que su familia jamás ha tenido relación alguna con la política.

Ya en Italia (Nápoles), no consigue localizar a su hermano, hasta que, tiempo después, aquel mismo capitán de navío se presenta ante él justamente para conducirlo hasta él. En efecto, su hermano mayor está muriendo como resultado de su implicación en el movimiento revolucionario y progresista contra el Absolutismo. En plena agonía, llegara a pedirle que continúe su labor, de modo que, dejándose llevar por las circunstancias y no como fruto de una decisión personal, se adhiere también a la revolución. El joven lucha a partir de ahora en el seno de una compañía de revolucionarios muy mal equipados y dirigidos por un comandante exiliado después de la primera represión de la guerra contra Francia.

El éxito no les acompaña en absoluto; antes al contrario, los soldados realistas fusilan a todos sus compañeros. El único superviviente es él, pero se salva porque huye cobardemente al acercarse el ejército regular: en realidad, la herida que puede “exhibir” es causa de un tropiezo con unas raíces –una hazaña ciertamente poco heroica!

⁹ Para esta cuestión, véase, por ejemplo: *Grand Tour. The Lure of Italy in the Eighteenth Century*. Wilton, A. And Bignamini, I. (eds.). London: Tate Gallery Publishing, 1996, catálogo de la magnífica exposición que, con el mismo nombre, tuvo lugar en la Tate Gallery (X-96 hasta I-97) y en el Palazzo delle Esposizioni de Roma (II-97 hasta IV-97).

¹⁰ R. Eisner lo ilustra muy bien en *Travellers to an Antique Land. The History and Literature of Travel to Greece*. Michigan: The University of Michigan Press, 1991.

¹¹ Todo indica, pues, que se hace alusión a la Constitución de la República Partenopea. Véase, por ejemplo, H. Hearder & D. P. Waley. *Breve Historia de Italia*. Madrid, 1966.

Por su parte, el comandante había tenido la precaución de contactar con un contrabandista, el cual, en caso de fracaso, les sacaría del país. Por tanto, todos los soldados estaban advertidos de hacia dónde debían ir en caso necesario. Finalmente, pues, hallamos al joven en una caverna de una isla a dos millas y media de la costa. Superviviente único, recurre al contrabandista, y éste lo esconde, puesto que, en tierra firme, los soldados realistas están batiendo la comarca.

Con fiebre y víctima de una angustia permanente, cree ver, como entre sombras, una serie de personajes, siempre encarnados por “Él” y “Ella”, que le hablan. Todos contribuirán, de una forma u otra, a despertar su conciencia, a hacerle madurar y a decidir por sí mismo, de tal suerte que nunca más se vea “arrastrado” a algo en contra de su voluntad. De repente, además, comparte caverna –o así lo cree- con un militar encadenado por los contrabandistas y que ha huido de un ejército en el que ya no puede creer. Es liberal y pertenece al grupo de militares progresistas que quieren restablecer la Constitución, pero, paradójicamente, antes de la “conversión” fue él quien dirigió el pelotón de fusilamiento de su comandante.

Hasta aquí los dos primeros días, de los tres en que está dividida la obra, a lo largo de los cuales aparecen los datos que, esparcidos por aquí y por allá, he querido conectar y resumir. Sabemos cuál es el conflicto y permanecemos atentos a lo que puede ocurrir –tal vez la solución- durante el tercer día. No obstante, habrá que resistir la tentación de correr demasiado, puesto que es mucho lo que se ha dicho ya y que ahora convendría repasar analíticamente. Comencemos, pues, por un “Él” que podría ser –¿por qué no? el padre del Joven:

‘¿Ves tu sombra reflejada en el muro?... El sol la causa... El sol parece moverse, pero tú y yo sabemos que no es así, que quien se mueve es la tierra. Pues bien, también sabemos que esta afirmación, que formuló hace ya dos siglos Galileo Galilei, constituye todavía, para la Iglesia Romana, una herejía. ¿Quién osaría, en nuestros días, defender el sistema ptolemaico? Diríamos de él que estaba loco, o que era un ignorante... Las iglesias... siempre han estado en contra del progreso y la libertad, y, por ello, creer en la idea de Dios, tal y como ellas la defienden, me parece una actitud indigna de una persona responsable, un modo más de someterse a su esclavitud y, con esta pasividad, ayudar indirectamente a la perduración del sistema opresor que representan. Sería, al fin y al cabo, lo mismo que continuar creyendo que el sol se mueve alrededor de la tierra, o que lo que existe realmente, como se imaginaban los pobres prisioneros de la caverna, es la sombra que se refleja sobre el muro en lugar de lo que la proyecta’¹²

‘Veus la teua ombra reflectida en el mur?... El sol la produeix... El sol sembla que es mou, però tu i jo sabem que no és així, que qui es mou és la terra. Doncs bé, també sabem que aquesta afirmació, que va formular ja fa dos segles Galileo Galilei, constitueix encara, per a l'Església Romana, una heretgia. Qui gosaria, als nostres dies, de defensar el sistema ptolemaic? Diríem d'ell que estava boig, o que era un ignorant... Les esglésies... sempre han estat en contra del progrés i de la llibertat, i, per això, creure en la idea de Déu, tal i com elles la defensen, em sembla una actitud indigna d'una persona responsable, una manera més de sotmetre's al seu esclavatge i, amb aquesta passivitat,

¹² Las traducciones al castellano del texto de R. Sirera son mías. Platón. Cf. *República* 515: ‘En primer lugar, ¿crees, en efecto, que unos prisioneros de este tipo pueden haber visto, no sólo de sí mismos sino también los unos de los otros, algo que no sean las sombras que por causa del fuego se proyectan sobre la parte de la cueva que está frente a ellos?’ (τοὺς γὰρ τοιοῦτους πρῶτον μὲν ἑαυτῶν τε καὶ ἀλλήλων οἶει ἂν τι ἑωρακέναι ἄλλο πλὴν τὰς σκιὰς τὰς ὑπὸ τοῦ πυρὸς εἰς τὸ καταντικρὺ αὐτῶν τοῦ σπηλαίου προοπιπτούσας;).

ajudar indirectament a la perduració del sistema opressor que representen. Seria, al cap i a la fi, el mateix que continuar creient que el sol es mou al voltant de la terra, o que el que existeix realment, com s'imaginaven els pobres presoners de la caverna, és l'ombra que es reflecteix sobre el mur en lloc d'allò que la projecta' (pp. 31-2).

Fijémonos, en primer lugar, que, siendo prisionero en una caverna como aquellos otros lo fueron en la platónica, nadie mejor que el Joven, puesto que él sí había visto antes la luz¹³, para no confundir la sombra reflejada en el muro con lo que la proyecta: tal vez él mismo, cada vez más resplandeciente e iluminador, si avanza resuelto por el camino de la curiosidad intelectual. Quien quiere o debería querer crecer –*lato sensu*– para madurar –es decir, quien ha de sustituir la ligereza de una personalidad no consolidada por otra con conciencia y criterio personales–, no ha de someterse a la locura e ignorancia de poder constituido alguno, sobre todo –“Él” *dicat*– del más “cavernícola”: la Iglesia Romana. Habrá que renunciar, pues, a la comodidad –ya que las cavernas pueden resultar igualmente tentadoras por la protección que ofrecen–, en el bien entendido de que toda persona digna y responsable ha de saber abandonar la cueva de la esclavitud y la pasividad para cubrir las diversas etapas de un viaje iniciático ineludible: la vida.

“ ‘... He pensado que ya es hora de que me ocupe de tu futuro. Te irá bien conocer mundo. Te estoy preparando un largo viaje’. Pero él negó con la cabeza, sin osar abrir la boca. ‘Es lo que más te conviene y debes hacerte a la idea. Tu hermano se ha ido, antes de que nadie se lo pidiera, y no me parece correcto que te quedes solo conmigo. Eres lo suficientemente mayor como para entender el motivo’ ”.

“ ‘... He pensat que és hora ja que m’ocupe del teu futur. Et farà bé conèixer món. T’estic preparant un llarg viatge’. Però ell va negar amb el cap, sense gosar obrir la boca. ¿És el que més te convé i cal que et faces a la idea. El teu germà se n’ha anat, abans que ningú li ho demanàs, i no em sembla correcte que et quedes sol amb mi. Ets prou gran ja per entendre’n el motiu’ ” (p.33).

Mirar hacia el futuro, viajar, conocer, no detenerse. He aquí un programa tan odiseico – incluso heracliteo si reparamos en la búsqueda del contraste– que sobran los comentarios. Hace demasiado tiempo ya que en Occidente la aventura de Ulises ha encarnado el aprendizaje existencial¹⁴, para que ahora deba subrayarse nada más que la urgencia platónica de abandonar definitivamente la caverna, esta vez entendida como hogar o seno maternal, suave, cálido y acogedor, pero capaz de crear parálisis, obviamente más espiritual que física, en todos aquellos que, adictos a la “deconstrucción personal”, les basta con ir sorteando los obstáculos, mientras que el río de la vida avanza imparable. Contra todo ello, se rebela de nuevo “Él”, avalado, según parece, por la experiencia:

¹³ Cf. con Platón. *República* 514a-b: ‘A continuación, pues’, dije, ‘imagínate con una experiencia como ésta nuestra naturaleza, no sólo en lo que atañe a la educación, sino también a su carencia. Mira, pues, unos hombres como en un habitáculo subterráneo en forma de cueva, que en toda su extensión tiene una entrada alzándose hacia la luz; están ahí desde niños, atados no sólo de piernas sino también por el cuello, de manera que permanecen quietos y miran sólo hacia delante’ (ἀπεικασον τοιούτῳ πάθει τὴν ἡμετέραν φύσιν παιδείας τε πέρι καὶ ἀπαιδευσίας. ἰδὲ γὰρ ἀνθρώπους οἷον ἐν καταγείῳ οἰκήσει σπηλαιώδει, ἀναπεπταμένην πρὸς τὸ φῶς τὴν εἴσοδον ἔχούση μακρὰν παρὰ πᾶν τὸ σπήλαιον, ἐν ταύτῃ ἐκ παίδων ὄντας ἐν δεσμοῖς καὶ τὰ σκέλη καὶ τοὺς αὐχένους, ὥστε μένειν τε αὐτοὺς εἰς τε τὸ πρόσθεν μόνον ὁρᾶν’).

¹⁴ Parece inevitable hacer mención del *Ulises* de Joyce, aunque, en él, la reducción del tiempo y el espacio, un solo día en Dublín, condensa el peregrinaje épico hasta convertirlo en exploración existencial de la interioridad.

‘... Tu universo es, aún, un universo pequeño... Del resto del mundo -¿qué sabes tú del resto del mundo, fuera de esta casa (y) del jardín...?- sólo te interesan aquellas personas que saben evaluarte correctamente el vestuario... ¿Cuándo abrirás los ojos, cuando llegarás a tener una conciencia propia? ¿Podrás juzgar alguna vez, con imparcialidad, otras vidas diferentes a la tuya, otros afanes, otras preocupaciones que no sean cuan intensa es tu tristeza de hoy... las aflicciones que laceran tu pobre espíritu inexperto?... Hay cosas bastante más importantes sobre la tierra que lo que a ti te ocurre; ya es hora de que empieces a tomar conciencia de ello. Hay pobres oprimidos, hombres que padecen injusticias, explotación, violencia... jóvenes como tú y como yo que envejecerán en oscuras prisiones... Pero tú, hijo de buena familia, bien vestido, bien alimentado, bien educado... vives en el limbo de la inocencia... Amigo mío, la vida es una aventura muy amarga, muy costosa, muy difícil de interpretar con dignidad. La vida verdadera, quiero decir, no la de los libros’.

‘... El teu univers és, encara, un univers petit... De la resta del món –què en saps tu, de la resta del món, fora d’aquesta casa (i) del jardí... ?- només t’interessen aquelles persones que saben avaluar-te correctament el vestuari... Quan obriràs els ulls, quan arribaràs a tenir una consciència pròpia? Podràs jutjar alguna vegada, amb imparcialitat, altres vides diferents de la teua, altres afanys, altres preocupacions que no siguen com és d’intensa la teua tristesa d’avui... les afliccions que laceren el teu pobre esperit inexpert?... Hi ha coses prou més importants sobre la terra que allò que a tu et passa, i ja és hora que en comences a prendre consciència. Hi ha pobles oprimits, homes que pateixen injustícies, explotació, violència... joves com tu i com jo que envelliran en obscures presons... Però tu, fill de bona família, ben vestit, ben alimentat, ben educat... vius en els llimbs de la innocència... Amic meu, la vida és una aventura molt amarga, molt costosa, molt difícil d’interpretar amb dignitat. La vida vertadera, em referesc, no la dels llibres’ (p. 33-4).

Como es obvio, tendremos que transitar mentalmente desde la caverna oscura y desagradable donde el Joven en estos momentos está encerrado a otra familiar y arcádica, la casa y el jardín, donde ha vivido demasiado tiempo y donde se ha sentido demasiado a gusto. Está claro que importa menos el marco físico, placentero o no, que la constante tiniebla espiritual que cubre y atenaza al Joven; en último término, éste debería poder abrir los ojos para ver al fin otra luz, hecha paradójicamente de miseria ajena, y sin duda detectable por quien no ha convertido la ceguera en su oficio. Lo capital es salir de la dulce caverna para ganar conciencia propia, tan propia que le permitirá autodiagnosticarse un exceso de buena educación, buenos vestidos, etc. O, dicho de otro modo: de oscuras prisiones y de prisioneros reales los hay sobre todo más allá del limbo, caverna dorada, de su inocencia o infantilismo. Allí, en el exterior, desprotegido, la vida no sigue las sofisticaciones ni los refinamientos pensados para hacer teatro, esto es, para transmutarse impudicamente hasta convertirse en algo digno de ser contemplado –un tema, por cierto, muy querido de R. Sirera¹⁵-, sino que asume toda la amargura y el precio a pagar como consecuencia del hecho de no hallarse ya en la nada comprometida ficción del libro.

Hasta aquí, si se admite la hipótesis propuesta, lo que podría calificarse de razonadas y razonables advertencias paternas, maternas o simplemente amistosas. Lo más sorprendente, si embargo, es que sea un contrabandista quien se añada sin rubor a la lista de educadores, en apariencia amables pero decididos a hurgar en la herida, que deberían saber y poder enderezar al Joven:

¹⁵ Todo lo que se ha dicho sobre *El verí del teatre* desde la perspectiva del marqués lo ejemplificaría a la perfección.

‘Y dime, ¿cuáles son tus proyectos revolucionarios, si sales de ésta con vida?... algo debes de haber pensado para el futuro... Tengo la impresión de que tu silencio significa que se ha iniciado una disociación irreversible entre tu cerebro, que continúa siendo revolucionario, y tu cuerpo que, después de la aventura, ha terminado siendo notablemente conservador’.

‘I digues, quins són els teus projectes revolucionaris, si surts d’aquesta amb vida?... alguna cosa deus haver pensat per al futur... Em fa l’efecte que el teu silenci significa que s’ha iniciat una dissociació irreversible entre el teu cervell, que continua sent revolucionari, i el teu cos que, després de l’aventura, ha esdevingut notablement conservador’ (p. 53).

Quizá no era previsible, pero lo cierto es que, como un auténtico psicoanalista acostumbrado a diagnosticar traumas en el subconsciente, vemos ya que este malhechor sabe poner el dedo en la llaga cuando advierte que la revolución se hace día a día, superando las derrotas, plurales casi siempre, y venciendo los miedos subsiguientes; en suma, venciendo el Miedo, capaz él solo de “petrificar” un cuerpo exaltado hasta convertirlo en sólido “receptáculo conservador”, en cueva, pues, del cerebro o de los ideales teóricos tal vez muy revolucionarios pero poco contrastados. Poco antes, “Él” recordaba al Joven que, justo al salir de la torre de marfil de turno, se descubre –siempre con sorpresa- la miseria de los demás. Ahora, el contrabandista opta ya por preguntarle directamente si alguna vez ha pasado hambre:

‘No, no a nivel teórico; de verdad, quiero decir. En tu propia carne’.

‘No, no pas a nivell teòric; de veritat, vull dir. En la teua pròpia carn’ (p. 54-55).

La respuesta está tan falta de imaginación:

‘No es necesario haber padecido personalmente la opresión ni la miseria para luchar a fin de que no la padezca nadie’

‘No cal haver patit personalment l’opressió ni la misèria per lluitar perquè no la patesca ningú’ (p. 55),

que este traficante de objetos y de personas debe de pensar que alargar un poco más el sermón, ahora descaradamente pequeño-burgués, ya no puede molestar a nadie:

‘Palabras, sólo palabras... Cuánta razón tenían nuestros padres, cuando nos decían que dar la cara por la chusma era una estupidez, que jamás nos lo agradecerían, y que jugar con fuego tenía el peligro de que acabáramos quemándonos sin querer’.

‘Paraules, només paraules... Quanta raó tenien els nostres pares, quan ens deien que treure la cara per la xusma era una bajanada, que mai no ens ho agrairien, i que jugar amb foc tenia el perill que acabàssem cremats sense voler-ho’ (p. 55).

Incluso osará pedir que no se vea en sus palabras la apología encubierta de su negocio, ya que:

‘Un negocio existe y prospera cuando lo que produce o suministra es necesario para muchos. O lo hemos convertido en necesario, tanto da. Y esto no cambiará, gobiernen absolutistas o constitucionales’.

‘Un negoci existeix i prospera quan allò que produeix o subministra és necessari per a molts. O se l’ha fet necessari, tant se val. I això no canviarà, governen absolutistes o constitucionals’ (p. 55).

En suma: el mensaje es tan claro como propio de una sabiduría que, en este caso, no tiene nada que ver con consejos paternos, maternos o amistosos –y, en definitiva, amorosos-, sino con el peso abrumador y definitivo de la experiencia del malhechor. Tanto a los primeros como al segundo, no obstante, les place ampararse bajo el poder simbólico de una imagen platónica, la caverna, puesto que quieren hablar de falsedad y certeza, de sombras y luz, de mentira y verdad. En efecto, ¿acaso el Joven no es víctima de algún tipo de cavernosa oscuridad intelectual y espiritual? ¿Acaso no es su mente cerrada a la realidad la que se empeña en no reconocer que también su familia, como él, se inclina por el beneficio propio, rehusando destinar su fortuna a los desposeídos de siempre, mientras que se apresuran a:

‘... hacer que el heredero vaya a Italia a estudiar Arte, a construir un nuevo pabellón de baile junto al mar...?’

‘... *fer que l’hereu vaja a Itàlia a estudiar art, a bastir un nou pavelló de ball vora el mar...?* (pp. 55-6).

¿Por qué, si no, le resulta tan difícil abrir las puertas de su mente y admitir que los humanos actúan a conveniencia y que les place pisar terreno seguro? (p. 56). Él, en cambio, un excombatiente de la guerra contra Francia convertido en contrabandista, vio:

‘morir muchas personas excelentes por nada. Y vi también triunfar a una pandilla de indeseables, que un día eran de los nuestros y al día siguiente del enemigo, según soplaban el viento. Ahora ocupan cargos muy bien pagados en la administración. Y allí continuarán... Ellos son profesionales. Y de profesionales, de buenos profesionales, tienen mucha necesidad todos los gobiernos’.

‘*morir moltes persones excel·lents per un no res. I vaig veure també triomfar una caterva d’indesitjables, que un dia eren dels nostres i l’endemà de l’enemic, segons bufava l’aire. Ara ocupen diferents llocs molt ben pagats a l’administració. I allà continuaran... Ells són professionals. I de professionals, de bons professionals, tenen molta necessitat tots els governs*’ (56-7).

Cumple decir que no resulta fácil substraerse a la actualidad –hoy diríamos “rabiosa”- de la arenga del Contrabandista, pero, a mí, como filólogo, me corresponde sobre todo poner el acento en el hecho de que, si bien los padres quieren alejar al hijo de la caverna para empujarlo a la consecución de metas platónicamente ideales como la libertad, el criterio propio etc. –podría decirse incluso que los padres, todos los padres, una vez cumplidos los deberes de la reproducción, o son platónico o no son-, en cambio, el positivismo radical y sin escrúpulos del traficante quiere alejarlo, sí, de las sombras, pero prefiere que, fuera de la cueva, continúe avanzando en línea horizontal –por lo demás, ¡tan humana!- a fin de ahorrarse los peligros innegables de cualquier ascensión. Está claro que con lo que nadie contaba es con que el Joven, tan necesitado antes de un empujón exterior para alzar el vuelo, ahora, asqueado por la pedagogía aparentemente vulgar de su carcelero, ha de construir solo un verdadero castillo platónico –es decir, irremediabilmente hecho de ilusiones-, que, en definitiva, lo salvará durante unas cuantas horas:

‘Todo lo que dices no son sino justificaciones. Justificaciones, por lo demás, bastante vulgares. De literatura barata. El idealista desencantado se convierte en un bandolero cínico y feroz. Pero como, en el fondo, tiene buen corazón, en el último momento se redime: cuando está a punto de entregar el héroe a los soldados, algo le hace recordar su

pasado honorable, cambia de idea y lo ayuda a huir, a pesar de que al bandolero eso acabe costándole la vida’.

‘Tot allò que dius no són altra cosa que justificacions. Justificacions, d'altra banda, prou vulgars. De literatura barata. L'idealista desencantat esdevé un bandoler cínic i ferotge. Però com, en el fons, té bon cor, en l'últim moment es redimeix: quan està a punt de lliurar l'heroï als soldats, alguna cosa li fa recordar el seu passat honorable, canvia d'idea i l'ajuda a fugir, malgrat que al bandoler això acabe costant-li la vida’ (p.57).

Imposible negar que, para el Joven, estos dos primeros días en la caverna han sido muy intensos, pero la Literatura, además, tiene multitud de recursos para “complicar la trama” y no permitir que la tensión desaparezca antes de lo “acordado”. No hay duda de que este hijo de buena familia hecho prisionero por culpa de un azar que, lógicamente, no ha podido controlar, sí tiene ahora la sensación de haberse reafirmado en la esperanza. No obstante, R. Sirera lo quiere inerte, de manera que le hace caer de nuevo en el “abismo” de la desesperación, cosa en principio nada difícil, ya que, pese a la recuperación anímica anterior, jamás había logrado abandonar la caverna física que lo oprime. En el fondo, su fe interesada en el idealismo del Contrabandista es tan insensata como insensata es también la confianza que el militar, que de repente aparece preso en ella, cree descubrir en un número muy elevado de jóvenes revolucionarios antiabsolutistas.

En efecto, rodeado de personas instaladas ya en la madurez, o, en definitiva, de “excavernícolas” que supuestamente han terminado su anátesis existencial, deberá recibir, quiera o no, lecciones adicionales de realismo, ya que él no se muestra dispuesto a salir a la luz y contemplar la realidad tal como es. El militar, experto por definición en victorias y derrotas, sabe ver mejor que nadie sobre este campo de batalla nuestro, de todos, los flancos descubiertos por donde se infiltra a menudo el desastre:

‘... hay mucha gente de voluntad débil, que se deja arrastrar por unas palabras inflamadas. Los jóvenes de buena familia que comienzan a asomarse a la vida pero con niebla en sus mentes... Los clérigos resentidos... Alguna alma simple... Campesinos y labriegos que se hacen así la ilusión de que la fraternidad y la igualdad social no son sólo palabras... todos esconden en el fondo de su corazón algún sueño... No es nada extraño, pues, que muchos prefieran la vida imaginada a la real... ¡Son ustedes tan ingenuos! Cuando hablan del ejército sólo piensan en soldados y cabos. Pero los soldados y los cabos no son nada. Carne de cañón. Cumplen órdenes. Si se les ordena restablecer la Constitución, lucharán para restablecerla, igual que si se les obliga a reprimir a los constitucionalistas. Los que importan, no se engañe usted, son los que dan las órdenes. Éste es el verdadero ejército. El poder del ejército’.

‘... hi ha molta gent de voluntat prou débil, que es deixa arrossegar per unes paraules inflamades. Els joves de bona família que comencen a treure el cap ple de boira a la vida... Els clergues ressentits... Alguna ànima ximple... Camperols i menestrals que es fan així la il·lusió que la fraternitat i la igualtat social no són només paraules... tothom amaga en el fons del seu cor algun somni... No és gens estrany, doncs, que molts hi preferesquen la vida imaginada a la real... Són vostès tan ingenus! Quan parle de l'exèrcit només pensen en soldats i caporals. Però els soldats i els caporals no hi són res. Carn de canó. Compleixen ordres. Si se'ls ordena restablir la Constitució, lluitaran per restablirla, igual que si se'ls obliga a reprimir els constitucionals. Els que importen, no s'enganye vostè, són els qui donen les ordres. Aquest és el vertader exèrcit. El poder vertader de l'exèrcit’ (71-2).

La lección, como avanzaba, es auténticamente magistral y prefigura el tipo de “conversión” aconsejable para el Joven si quiere dejar definitivamente atrás el anonimato oscuro y cavernoso,

la carne de cañón real y simbólica que es ahora, a fin de convertirse en “sujeto agente” con todos sus atributos. El creador de la imagen antigua, Platón, se autoafirmó ya por el hecho de atisbar la Realidad inmutable y eterna, el mundo de las Ideas, base segura sobre la que poder construir cualquier proyecto humano. Coherente con su deber de “visionario” con inquietud social, “aterrizza” y redacta *La República* –si se quiere, otro tipo de caverna dorada–, en cuyo seno todos se hallarán a gusto por el hecho de interpretar el papel que el filósofo ateniense les ha asignado. Preocupado por la regeneración ética de los humanos, cae, sin embargo y de manera paradójica, en el peor de los vicios: creer que los demás pueden alcanzar la mayoría de edad ética limitándose a cumplir tan sólo las órdenes recibidas, pero absteniéndose de participar activamente en su diseño¹⁶. En esto consiste precisamente la milicia, de manera que la imagen del militar y los soldados, que se ven forzados a defender ahora esto y a reprimirlo después, debería hacer reaccionar al Joven contra tanta estupidez institucionalizada. Es hora de ser “él”, de dotarse de una voluntad firme, de ser arrastrador y no arrastrado, de aclarar las ideas y tener una mente astuta, libre de sueños y apegada a la realidad; en suma, es hora de salir de la guarida, propia de bestias salvajes, para ascender a persona merecedora de un habitáculo más noble. Lección funesta, ciertamente, si acaba en desprecio del destino de los otros, pero admirable si entroniza el principio de la autorevolución como paso previo a cualquier altruismo.

Habrà que esperar, sin embargo, ya que el Joven no reacciona; antes al contrario, parece tener la desorientación por única compañera. El escritor valenciano continúa acorralándolo, puesto que, por si no había sido suficiente lanzarlo contra la dura realidad, la de aquí abajo, la del mundo nada ideal de los humanos, la “Ella” de turno, en este caso una jugadora de damas implacable, le pone al corriente de la naturaleza etérea de los “cavernícolas”, esto es, de él mismo:

‘Al fin y al cabo, no eres nada; una sombra más, perdida entre las sombras. Tu sueño es el sueño de un durmiente que sueña que sueña, y un día sueña que se ha despertado. Te he matado el último peón. ¿Qué harás ahora?’.

‘No ets res, al capdavant; una ombra més, perduda entre les ombres. El teu somni és el somni d’un dorment que somia que somia, i un dia somia que s’ha despertat. T’he mort l’últim peó. Què faràs ara?’ (p. 75).

Anulado, pues, su situación no es la idónea ni para consolar a su hermano mayor en plena agonía, ni mucho menos para asumir el deber de continuar su tarea revolucionaria. O, como mínimo, todo indica que las peripecias –en el sentido más griego del término– vividas hasta ahora y explicadas a lo largo de estos dos días no podían conducirle sino a la triste situación en la que se halla. ¿Logrará salir del submundo que le oscurece el espíritu y la voluntad hasta petrificarlos? Pronto lo sabremos, ya que el tercer día está ya aquí y todos serán llamados –y, por supuesto, no amablemente– a definirse.

El primero en confesar sus secretos será el Contrabandista, incapaz de continuar escondiendo sus lecturas filosóficas y, sobre todo, su gran habilidad para hallarles una aplicación práctica:

‘... vivimos demasiado tiempo encerrados entre las sombras, y ya no sabemos si nosotros, y los que están con nosotros, continuamos siendo personas, o también nos hemos convertido en sombras. Y discernir qué es cada cual, desencadenar a los que han permanecido encadenados ante el muro, preguntarles si todavía les parece más real la sombra proyectada que lo que la

¹⁶ Véase al respecto –y a pesar del título– las lúcidas reflexiones de Agnes Heller en *Aristóteles y el mundo antiguo*. Barcelona: Península, serie universitaria. Historia/ Ciencia/ Sociedad nº 182, 1983, sobre todo el capítulo I, 4 “El drama de Platón”, pp. 51-124.

proyecta¹⁷... y si quieren continuar viviendo en este mundo subterráneo, o quieren salir a la luz, dado que el sol seguramente puede cegarles. Porque, una vez llegados a la luz, tendrán los ojos tan llenos de ella que no serán capaces de ver ni una sola de las cosas a las que ahora llamamos verdaderas¹⁸. ¡Terrible desconcierto! Una elección, la suya, no lo dudes, algo arriesgada, pero, en cualquier caso, insoslayable... Yo tengo la virtud de separar sombras y cuerpos. Sé de qué materia está hecho cada cual, y me gusta enfrentarlo con sus contradicciones'. / El Compañero: '¡Y por qué?' / El Contrabandista: 'Posiblemente para lograr que actúen. Para que no se queden quietos. Para que se acostumbren a la luz del sol o se disuelvan en ella'.

'... vivim massa temps tancats entre les ombres, i ja no sabem si nosaltres, i els que són amb nosaltres, continuem sent persones, o hem esdevingut ombres també. I per això... ens cal posar tothom a prova: les ombres i nosaltres. I destriar què és cadascú, desencadenar els que han romàs encadenats davant el mur, preguntar-los si encara els sembla més real l'ombra projectada que allò que la projecta... i si volen continuar vivint en aquest món subterrani, o volen sortir a la llum, atès el fet que el sol segurament pot encegar-los. Perquè un cop arribats a la llum, en tindran els ulls tan plens que no seran capaços de veure ni una sola de les coses a les que ara anomenen vertaderes. Terrible desconcert! Una tria, la seua, no ho dubtes, una mica arriscada, però, en qualsevol cas, indefugible... Jo tinc la virtut de separar ombres i cossos. Sé de quina matèria està fet cadascú, i m'agrada enfrontar-lo amb les seues contradiccions'. / El Company: 'I per què?' / El Contrabandista: 'Possiblement per fer que actuen. Perquè no es queden parats. Perquè s'acostumen a la llum del sol o es dissolguen en ella' (pp- 95-6).

El uso de la primera persona del plural en el inicio de este párrafo es demasiado enfático para que no percibamos que el Compañero con quien discute la técnica a seguir con el Joven no es su único destinatario. La función social que R. Sirera ha otorgado siempre al teatro deviene ahora

¹⁷ Cf. con Platón. *República* 515c-d: 'Examina, pues, decía yo a mi vez, qué tipo, no sólo de liberación, sino también de curación de la esclavitud y de la ignorancia tendrían, si algo así les ocurriera en la realidad. Cuando uno de ellos fuera liberado y, de repente, tuviera que levantarse, girar el cuello, caminar y alzar la vista hacia la luz, y, al hacerlo, sintiera dolor y, por causa del deslumbramiento, no pudiera ver aquello de lo que antes veía las sombras, ¿qué crees que respondería si alguien le decía que antes veía tonterías, mientras que ahora, un poco más cerca de la realidad y vuelto hacia una entidad superior, puede ver más, y si, al señalarle cada uno de los objetos que pasan, lo forzara también, haciéndole preguntas, a responder qué es? ¿No crees que dudaría y tendría por más verdadero lo visto antes que lo señalado ahora?' (Σκόπει δὴ, ἦν δ' ἐγὼ, αὐτῶν λύσιν τε καὶ ἴασιν τῶν τε δεσμῶν καὶ τῆς ἀφροσύνης, οἷα τις ἂν εἴη, εἰ φύσει τοιάδε συμβαίνοι αὐτοῖς. ὁπότε τις λυθείη καὶ ἀναγκάζοιτο ἐξαίφνης ἀνίστασθαι τε καὶ περιάγειν τὸν αὐχένα καὶ βαδίζειν καὶ πρὸς τὸ φῶς ἀναβλέπειν, πάντα δὲ ταῦτα ποιῶν ἄλγοι τε καὶ διὰ τὰς μαρμαρυγὰς ἀδυνατοὶ καθορᾶν ἐκεῖνα ὧν τότε τὰς σκίας ἑώρα, τί ἂν οἶε αὐτὸν εἰπεῖν, εἰ τις αὐτῷ λέγοι ὅτι τότε μὲν ἑώρα φλυαρίας, νῦν δὲ μᾶλλον τι ἰγγυτέρῳ τοῦ ὄντος καὶ πρὸς μᾶλλον ὄντα τετραμμένος ὀρθότερον βλέπει, καὶ δὴ καὶ ἕκαστον τῶν παριόντων δεικνὺς αὐτῷ ἀναγκάζει ἐρωτῶν ἀποκρίνεσθαι ὅτι ἔστιν; οὐκ οἶε αὐτὸν ἀπορεῖν τε ἂν καὶ ἡγεῖσθαι τὰ τότε ὁρώμνα ἀληθέστερα ἢ τὰ νῦν δεικνύμενα;).

¹⁸ Cf. con Platón. *República* 516a-b: 'Por otra parte', decía yo ami vez, 'si alguien lo arrastraba por la fuerza desde allí por la cuesta difícil y empinada, y no lo dejaba hasta sacarlo a la luz del sol, no crees que sufriría y le molestaría que lo arrastrasen, y que, cuando llegara a la luz, no podría ver nada de lo que ahora se llama verdad?' / 'No podría, en efecto', decía él, 'al menos inmediatamente'. / 'Creo que necesitaría acostumbrarse, pues, si tiene intención de ver lo que hay ahí arriba. Primero, podría ver muy fácilmente las sombras; después, las imágenes reflejadas en el agua no sólo de hombres, sino también de otras cosas; finalmente, las cosas mismas' (Εἰ δέ, ἦν δ' ἐγὼ, ἐντεῦθεν ἔλκοι τις αὐτὸν βίᾳ διὰ τραχείας τῆς ἀναβάσεως καὶ ἀνάντους, καὶ μὴ ἀνείη πρὶν ἐξελκύσειεν εἰς τὸ τοῦ ἡλίου φῶς, ἄρα οὐχι ὀδυνασθαι τε ἂν καὶ ἀγανακτεῖν ἐλκόμενον, καὶ ἐπειδὴ πρὸς τὸ φῶς ἔλθοι, αὐγῆς ἂν ἔχοντα τὰ ὄμματα μεστὰ ὁρᾶν οὐδ' ἂν ἔν δύνασθαι τῶν νῦν λεγομένων ἀληθῶν; / Οὐ γὰρ ἂν, ἔφη, ἐξαίφνης γε. / Συνηθείας δὴ οἶμαι δέοιτ' ἂν, εἰ μέλλοι τὰ ἄνω ὄψεσθαι. Καὶ πρῶτον μὲν τὰς σκίας ἂν ῥᾶστα καθορᾶ, καὶ μετὰ τοῦτο ἐν τοῖς ὕδασι τὰ τε τῶν ἀνθρώπων καὶ τὰ τῶν ἄλλων εἴδωλα, ὕστερον δὲ αὐτά.)

diáfana¹⁹. Somos todos nosotros los que a menudo nos encerramos voluntariamente en el refugio oscuro de la complacencia –encadenándonos incluso, si es necesario– y, por consiguiente, deberíamos contratar los servicios de algún torturador sádico propenso a gozar cegando a los demás como resultado de dirigir hacia ellos los focos de luz de manera inmisericorde. U, optando por un pequeño ejercicio de interpretación alegórica, habrá que concluir tal vez que, a la cueva oscura del teatro, no hay que ir confiados de que la luz potente de los focos, es decir, del autor y de la misma obra, sólo afectará a la niña de los ojos de los actores profesionales, por lo demás bastante habituados a este tipo de suplicio. Al contrario, siendo como es impertinente, el dramaturgo los ha hecho instalar de manera que saque al público de su indolencia o inconsciencia lamentables. Sin duda es mucho más cómodo permanecer en la contradicción que rebelarse contra el placer vicioso de la inercia, la indecisión y un largo etcétera, pero R. Sirera parece convencido de que todo Platón tiene su Aristóteles, esto es, de que, en lugar de ascender hacia la Idea, la experiencia ganada por la suma de acciones en este mundo es más valiosa y marca la diferencia. Lo ha dicho antes al Joven, mientras le explicaba en qué creía:

‘(Creo) en la experiencia. En las pequeñas cosas cotidianas. En los momentos felices de la vida... de la gente común, quiero decir, de los que no aspiran... a ser héroes... Por delante del “nosotros” yo defiende el “yo”... Hay otra cosa que nos diferencia. Yo, el individualista, vivo inmerso en el mundo. Por el contrario, tú, pese a tu “nosotros” estás siempre solo. Y siempre lo estarás, porque no soportas el trato con las personas’.

‘(Crec) en l’experiència. En les petites coses quotidianes. En els moments feliços de la vida... de la gent comuna, vull dir, dels que no aspiren... a ser herois... Davant del teu “nosaltres” jo defenso el “jo”... Hi ha una altra cosa que ens diferencia. Jo, l’individualista, visc immers en el món. Per contra, tu, malgrat el teu “nosaltres” estàs tothora sol. I sempre ho estaràs, perquè no suportes el tracte amb les persones’ (90).

A su manera, por tanto, el Contrabandista es un buen ejemplar de *zôon politikón*. Adicto al microcosmos, amigo de seres con nombre y apellido, y, por encima de todo, hostil a abstracciones pretendidamente filantrópicas que condenan a sus seguidores a anteponer un intangible “nosotros” a un “él o ella” bien somáticos con quien poder relacionarse. Y por la misma razón sabe teorizar sobre la urgencia de no dejar de convivir jamás con quienes ocupan el lugar más bajo del escalafón existencial, incluso cuando ya se ha hecho el gran salto y es perfectamente imaginable el peligro de olvidar los orígenes:

‘... es tarea nuestra hacer que quienes han subido a la superficie y conocido la luz del sol, no se nieguen después a volver a bajar a la caverna, junto a los prisioneros, ni a participar en sus trabajos y honores, por muy poco que éstos valgan’²⁰.

¹⁹ Véase, por ejemplo, la introducción a *La caverna* de la edición ya mencionada a cargo de Rafael Pérez González, y también la nota 21.

²⁰ Cf. Platón. *República* 516c-d: ‘¿Qué, pues? Al recordar el primer habitáculo, la sabiduría de allí y los compañeros de prisión de entonces, ¿no crees que se autoconsideraría feliz por causa del cambio, mientras que a ellos los compadecería?’ / ‘¿Desde luego!’ / ‘Por otra parte, si entonces se intercambiaban honores y alabanzas, y había distinciones para quien con mayor agudeza veía las cosas que pasaban, para quien de memoria decía todas las que solían hacerlo al principio, al final o a la vez, y para quien, a raíz de lo cual, con total efectividad adivinaba lo que sucedería, ¿crees que codiciaría sus honores y alabanzas y sentiría celos de los que entre ellos recibían honores y poder, o más bien experimentaría aquello de Homero y preferiría “trabajar como campesino cabe otro hombre pobre” y pasar por todo antes que tener aquellos juicios basados en la apariencia y vivir de aquella manera?’ (Τί οὖν; ἀναμνησκόμενον αὐτὸν τῆς πρώτης οἰκίσεως καὶ τῆς ἐκεῖ σοφίας καὶ τῶν τότε συνδεσμωτῶν οὐκ ἂν οἶε αὐτὸν μὲν εὐδαιμονίζειν τῆς μεταβολῆς, τοὺς δὲ ἐλεεῖν; / Καὶ μάλα. / Τιμαὶ δὲ καὶ ἔπαινοι εἰ τινες αὐτοῖς ἦσαν τότε παρ’ ἀλλήλων καὶ γέρα τῷ ὀξύτερα καθορῶντι τὰ παριόντα, καὶ μνημονεύοντι μάλιστα ὅσα τε

‘... és tasca nostra fer que aquells que han pujat a la superfície i conegut la llum del sol, no es neguen després a tornar a baixar a la caverna, juntament amb els presoners, ni a participar en els seus treballs ni els seus honors, per molt poc que aquests valguen’ (p.98).

Es evidente que nos hallamos ante un filósofo sensato y un excelente maestro de ceremonias que, cerca como está el Joven de una experiencia iniciática, lo ha enviado a bañarse a una galería contigua. Es el momento de recibir el “agua lustral” (p. 97), puesto que se acerca también el de alcanzar la pureza propia del que se convertirá o se perderá para siempre. Sea en la oscuridad de la caverna o en el agua de este bautismo singular, el protagonista parece estar condenado a permanecer sumergido una y otra vez. La situación, no obstante, está a punto de cambiar, porque “Ella” y “Él”, presentes de nuevo para interpretar el papel que convenga, serán ahora el espejo sobre el que “quedan atrapados los recuerdos del Joven” (p. 96). Y así, con toda la autoridad que les confiere el hecho de “teatralizar” fielmente la memoria o conciencia del Joven, a fin de que él mismo pueda contemplarla (*théamai*) como contemplador es cualquier espectador en cualquier teatro, le recriminarán precisamente que, hasta ahora, se haya dedicado a “interpretar” (p. 101). Pero todo esto se ha acabado: la mentira, la ficción debe retirarse ante el testimonio inapelable del espejo, habida cuenta de que –y éste es el gran cambio anunciado- “Ella” y “Él”, a modo de pequeña caverna interior observable, son ahora partes integrantes de su personalidad:

‘cada cual, él mismo, su caverna, su oscuridad, su noche sobre él, alrededor, por todas partes. Y se cree que él está dentro, pero la que está dentro, de verdad, es ella. En el centro de su alma y no fuera: en cada caso y en cada circunstancia terminase hallando lo que se teme hallar... Eres tú, únicamente tú quien nos da forma’.

‘cadascú du, ell mateix, la seua caverna, la seua foscor, la seua nit a sobre, al voltant, pertot arreu. I es creu que ell és a dintre, però la que és a dintre, de veritat, és ella. Al centre de la seua ànima i no fora: en cada cas i en cada circumstància hom acaba trobant allò que tem trobar... Ets tu, únicament tu qui ens dones forma’ (pp.102-3).

Ergo, si el Joven ya no está en la caverna, sino la caverna en el interior del Joven, se deduce fácilmente que la terapia a aplicar es de todo punto edípica. Habrá que entregarse al psicoanálisis introspectivo –cada cual sabrá en qué grado- con una obstinación semejante a la que el héroe de la tragedia sofoclea mostró para “autodescubrirse”. O, si se prefiere ser más respetuoso con el contexto, podría decirse que se nos recomienda practicar la espeleología anímica, sin confundirla empero con una sencilla gimnasia de mantenimiento. Al contrario, al protagonista, pese a permanecer encerrado todavía en poder de sus carceleros, lo han situado de hecho al aire libre, ya no hay paredes reales que le puedan oprimir y, en consecuencia, conoce el deber de todo ciudadano de pleno derecho de rebelarse, de actuar, tal como asegura la última intervención de “Ella”, credo emblemático de toda la obra:

‘Después no es ahora: valora bien lo que haces. Y cuando te decidas, no dudes, ves a por todas, por terrible que te parezca lo que te espera. Cualquier cosa que hagas no podrá ser peor, ni ocasionarte consecuencias peores que este vivir –malvivir- eternamente encerrado en la caverna, entre las sombras’.

πρότερα αὐτῶν καὶ ὕστερα εἰώθει καὶ ἅμα πορεύεσθαι, καὶ ἐκ τούτων δὴ δυνατότατα ἀπομαντευομένων τὸ μέλλον ἤξειν, δοκεῖς ἂν αὐτὸν ἐπιθυμητικῶς αὐτῶν ἔχειν καὶ ζηλοῦν τοὺς παρ’ ἐκείνοις τιμωμένους τε καὶ ἐνδυναστεύοντας, ἢ τὸ τοῦ Ὀμήρου ἂν πεπονθέναι καὶ σφόδρα βούλεσθαι “ἐπάρουρον ἐόντα θητευμένον ἄλλω ἀνδρὶ παρ’ ἀκλήρῳ” καὶ ὅτι οὖν ἂν πεπονθέναι μᾶλλον ἢ ‘κεῖνά τε δοξάζειν καὶ ἐκείνως ζῆν).

‘Després no és ara: valora bé el que fas. I quan et decidesques, no dubtes, ves a totes, per terrible que et semble el que t’espera. Qualsevol cosa que faces no podrà ser pitjor, ni originar-te conseqüències més dolentes que aquest viure –malviure- eternament tancat en la caverna, entre les ombres’ (p. 104).

Pues bien, cuando todo está a punto, sería ilógico aplazar el desenlace. Finalmente, el Contrabandista pasa a la acción y pone a prueba al Joven. Le confiesa que lo ha vendido a las tropas realistas y que, de los ideales que él le supone, no conserva ninguno. Él lo tiene muy claro: traficar con una vida humana puede ser tan beneficioso que los posteriores e improbables remordimientos quedarán sin duda compensados. Sólo lamenta, eso sí, que, habiendo perdido el ejército tanto tiempo, quiera ahora torturar al Joven. En este caso, la caverna donde le ha retenido le parecerá con seguridad un auténtico palacio, ya que, en la oscuridad del tormento, la integridad personal se desvanece y la muerte se nos antoja del todo preferible.

Con todo, la crueldad del Contrabandista es tan singular como él mismo. Partidario de medir el valor de su rigurosa pedagogía colocando al Joven en situaciones límite, le da un cuchillo, gracias al cual tendrá dos opciones: morir o matar. Como no podía ser de otro modo, el Joven reacciona, de repente se descubre capaz de matar y, lo que es peor, en plena refriega, entra el Compañero del Contrabandista y termina siendo él quien de modo accidental recibe el golpe de gracia. Las lamentaciones por el error cometido no sirven de nada: ¡ha matado, quería matar, había decidido matar! De hecho, no se lo puede creer, pero, como que el teatro de R. Sirera es adicto a la tensión realidad / ficción, ahora resulta que el Contrabandista le deja partir, que lo llevarán a la nave que lo ha de salvar, que no hay soldados en la isla –o lo parece-, que le ha engañado una vez más y que la mentira ha dominado la escena. Ha muerto un hombre, es cierto, pero:

‘Estaba escrito y, en cierto modo, también era necesario... Quizá de esta historia a ti te ha tocado interpretar el papel menos lucido, e incluso se podría pensar que el único motivo de tu presencia entre nosotros ha sido, al fin y al cabo, permitir al protagonista iniciar su cambio’.

‘Estava escrit i, en certa manera també era necessari... Potser d’aquesta història t’ha tocat interpretar a tu el paper més poc lluït, i fins i tot hom podria pensar que l’únic motiu de la teua presència entre nosaltres ha estat, al capdavant, permetre al protagonista iniciar el seu canvi’ (p. 113).

Tal vez sí. Las Historias oficiales aseguran que la humanidad avanza a menudo –y con seguridad lo hace- gracias al sacrificio de víctimas inocentes. Algo más escépticos después de haber leído *La caverna*, deberíamos admitir que también lo hace gracias a la muerte absurda de personas nada significadas. Triste final, sin embargo, para una obra ciertamente densa, donde aquella imagen de Platón, hábilmente readaptada, ha dado mucho juego. Agotado, pues –como mínimo en apariencia-, el amplio abanico de posibilidades, podría sospecharse que R. Sirera toca comprensiblemente a retirada exhortando al lector a elegir activamente su propia opción:

“... desde el momento en que ha abandonado esta isla, no tengo poder para decidir su destino. Quizá se habrá dejado conducir mansamente por el oficial disfrazado de marinero hasta la costa, y allí habrá caído, sorprendido y sin luchar, en manos de los enemigos... O quizá... O, incluso, quizá... Al fin y al cabo, lo que importa es que, en cualquiera de los casos, le hemos procurado... una salida digna: será un héroe si lo sacrifican los soldados, y lo será doblemente si consigue burlarlos y embarcar. Imaginémonos, pues, la última posibilidad: tiene el cuchillo, y aquella clase de miedo ciego que convierte en valientes a los hombres cobardes. Hace tan sólo un momento que ha segado otra vida humana, la

segunda, horrorizado de comprobar cuan fácil es este gesto... Lo ayudan milagrosamente a acercarse al barco. La señal que anuncia que éste se dispone a zarpar. Ha llegado en el último momento... lo han acogido a bordo, tembloroso e inseguro, manchado de sangre – el signo del rito de iniciación, que convierte al niño en hombre”.

“... des del moment que ha abandonat aquesta illa, no tinc poder per decidir el seu destí. Potser s’haurà deixat conduir mansament per l’oficial disfressat de mariner cap a la costa, i allí haurà caigut, sorprès i sense lluita, en mans dels enemics... O potser... O, fins i tot, potser, potser... Al cap i a la fi, el que importa és que, en qualsevol dels casos, li hem procurat... una sortida digna: serà un heroi si el sacrifiquen els soldats, i ho serà doblement si aconsegueix burlar-los i embarcar. Imaginem-nos, doncs, la possibilitat darrera: té el ganivet, i aquella classe de por cega que fa valents els homes més covards. Només fa un moment que ha tallat una altra vida humana, la segona, tot espantat de comprovar com és de fàcil aquest gest, i quan poc costa... L’ajuden miraculosament a apropar-se al vaixell. El senyal que anuncia que aquest es disposa a salpar. Ha arribat en l’últim moment... l’han acollit a bord, tremolós i insegur, tacat de sang –el signe del ritu d’iniciació, que converteix el noi en home” (pp. 113-4).

Que el Joven, al salir de la caverna y por el mismo hecho de abandonarla, entrará iniciáticamente y revestido de la púrpura de la sangre en una nueva dimensión existencial, lo hemos sabido desde el principio. Que ésta es una obra que teatraliza el paso, de alguien en concreto o de todos, hacia una madurez mucho más relevante que el crecimiento automático dictado por la biología, es a estas alturas incuestionable. Pero, precisamente por ello, debe de ser difícil renunciar –y, por otro lado, ¿por qué habría que hacerlo?- a aquel conjunto de tópicos que la Literatura ha ido atesorando siglo tras siglo, época tras época. Hasta ahora, ha sido la imagen antigua la que en definitiva ha dominado el acto creativo. Pero la simple observación de la realidad más inmediata –y sin ánimo de molestar al idealista Platón- ofrece igualmente imágenes cautivadoras que, además, no traicionan en absoluto el espíritu del discurso. “Caparazones” secos de insectos convertidos en mariposas que emprenden finalmente el vuelo, “capullos” mágicos que habían retenido la vida pero que han sabido liberarla, y, por el contrario, una hipotética última prisión con un prisionero en “capilla” a la espera de una iniciación mucho más trágica que la pensada en un principio, configuran un punto final positivo y a la vez negativo de índole igualmente “cavernosa”. Todo un ejemplo de coherencia y fidelidad que merece, a mi entender, el reconocimiento general, y que puede constatarse en las palabras que el Contrabandista, sospechosamente tan culto como R. Sirera, imagina que podría haber dicho el Joven después de despedirse de casi todo lo que ha conocido hasta entonces:

‘... Dejadme sin nada, dejadme abandonado, inerme, dejadme vacío, como el caparazón seco de un insecto, como el capullo de donde se ha elevado toda resplandeciente la mariposa’... Quiere decir con esto que todo ha terminado, que el pasado no ha de volver ya más y que una nueva vida se inicia para él, y que se encuentra en el momento del cambio, de la crisis, que ya no es lo que era: de aquí la imagen del capullo y el caparazón vacío. Pensándolo bien, este texto podría servir también si se hubiera escogido la opción contraria: quiero decir, si hubiera caído prisionero de los soldados y se hallase en capilla, despidiéndose de este mundo’.

‘... Deixeu-me sense res, deixeu-me abandonat, inerme, deixeu-me buit, com la carcassa seca d’un insecte, com el capoll d’on s’ha aixecat tota esplendent la papallona’... Vol dir amb això que tot s’ha acabat, que el passat no ha de tornar ja mai i que una nova vida s’inicia per a ell, i que es troba en el moment del canvi, del trencament, que ja no és el que era: d’aquí la imatge del capoll i la carcassa buida. Ben mirat, aquest text podria

servir també si s'hagués escollit l'opció contrària: vull dir, si hagués caigut presoner dels soldats i es trobàs en capella, acomiadant-se d'aquest món' (p. 114).

El escritor valenciano asegura que “No nos debe preocupar... no saber cuál ha sido la conclusión definitiva de la historia” (p.115). Pues bien, no me preocupa en absoluto. En todo caso y como docente-amante de la “Tradición Clásica”, me siento inmensamente agradecido hacia quien, con la ductilidad que le caracteriza, ha sabido descubrir en la vieja y consagrada imagen de la caverna platónica posibilidades renovadas de provocación. En efecto, quien lea su obra debería querer reflexionar sin miedo y, por tanto, extraer las consecuencias pertinentes -y mucho mejor si son drásticas- sobre el deber: a) de salir definitivamente de la oscura caverna de cualquier represión ideológica; b) de dejar atrás, como hombres y mujeres verdaderamente maduros, la cueva dorada, la Arcadia del seno materno, del hogar y del jardín; c) de maltratar el propio cuerpo conservador, un cuerpo cueva, cuando se cierra para detener las osadías de la inteligencia; d) de abrir la caverna personal para descubrir la desgracia, mucho más trágica, de los demás; e) de enamorarse de la realidad inmediata, y enemistarse, cuando sea necesario, con la ideal; f) de ser hombres y mujeres con vocación política, comprometidos con la acción; g) de hacer el gran salto hacia la luz, pero saber bajar de nuevo a la oscuridad para recuperar a los rezagados y convivir con ellos; h) de sumergirse como un buzo en la caverna de la conciencia; i) de rebelarse; j) de matar para no morir; k) incluso de ser víctima inocente para provocar el cambio de los demás; l) de pagar el tributo de la sangre para cumplir las reglas de un auténtico rito de iniciación, o ll) de convertirse en mariposas para mostrar polícromamente el orgullo de haber abandonado ya el caparazón del capullo. Ahora bien, si la lista de exigencias resultaba excesiva, si el lector empezaba a temblar, tampoco debe inquietarse: R. Sirera le ha preparado un final algo enigmático, gracias al cual hallará consuelo pensando que padece una pequeña fijación freudiana –nada importante- con la figura del padre:

“Esperemos, pues, que el sol se levante, y que con la luz se desvanezcan todas estas sombras, y se pueda comprobar, gracias a su concurso, que lo que parecía un monstruo horrible no era sino el viejo abrigo de nuestro padre colgado de un clavo al lado de la puerta”.

“Esperem, doncs, que el sol s'aixequi, i amb la claror s'esborren totes aquetes ombres, i es pugui comprovar, gràcies al seu concurs, que el que semblava un monstre horrible no era pas altra cosa que el vell abric del nostre pare penjat d'un clau al costat de la porta” (p.115).

He querido dejar para el final una serie de breves consideraciones que, en realidad, ya no se corresponden con la lectura platónica que ha guiado mi análisis. Rafael Pérez González, al presentar *La caverna* en la edición de *Els Textos del Centre Dramàtic de la Gneralitat de Catalunya*, pone el acento en su especial significación como final de un trayecto cubierto paso a paso, esto es, como resultado –hasta entonces- del avance progresivo hacia cotas máximas de libertad creativa. Sería absurdo e imperdonable que yo intentara ahora corregirlo o matizarlo, cuando es él quien tiene, además, un conocimiento exhaustivo del conjunto de la obra de R. Sirera y de todo lo relacionado con el fenómeno teatral. Me interesa reproducir, eso sí, algunos comentarios suyos sobre *La caverna* que me facilitarán la reflexión posterior: “Obra lógica y concluyente, de escritura libre y densa como ninguna otra, y muy personal”. “Teatro como reflexión y conocimiento de la realidad”. “Utilización de elementos fantásticos y, por tanto, pérdida del lastre del realismo”. “Escritura sin barreras de ningún tipo, completamente libre” con la coartada de que “el personaje considerado protagonista se halla en una situación psicofísica determinada”. *La caverna* es una obra “muy teatral: el escenario dividido como un tablero de ajedrez estableciendo diferentes capas en profundidad y zonas en lateralidad; imágenes plásticas

considerables como la escena final del primer día, el baño lustral o la preciosa imagen del barco”, etc. “El teatro de texto como medio intelectual para reflexionar y llegar al autoconocimiento y al conocimiento del mundo”, etc.

Vistas así las cosas, quizá no habría que descartar –de hecho me parece de lo más razonable– que el radicalismo de los métodos del Contrabandista no hagan sino representar simbólicamente la lucha despiadada que el mismo dramaturgo, R. Sirera, mantiene contra cualquier resto de inmadurez, indecisión, miedo, conformismo y humana pero nociva tendencia a la comodidad y autosatisfacción propias. Sólo autoexhortándose a enfrentarse voluntariamente a situaciones peligrosas, sólo forzándose a atacar hasta matar, se puede vencer la esclerosis inevitable que el paso del tiempo y la exitosa profesionalización causarán antes o después. O, si queremos duplicar la perspectiva: nada mejor que, con cierta periodicidad, verse a sí mismo como un joven de diecinueve años de buena familia, a quien la vida ha tratado demasiado bien. Un mínimo de sabiduría práctica aconseja entonces prepararle alguna experiencia “subterránea” a fin de que halle las fuerzas y la indignación suficientes para querer salir, cambiar, luchar, aprender o, en definitiva, vivir, con la semántica que un verbo como éste exige. Del resultado de esta terapia de choque implacable, deberían dar razón suficiente las valoraciones anteriores de R. Pérez, las mías o las de cualquier otro lector de *La caverna*. Preferiría, empero, seguir caminos diferentes.

En efecto, todo el mundo admite –tal vez a disgusto– que las obras literarias, una vez creadas y sometidas a la curiosidad general –por cierto, no siempre caritativa–, pasan a pertenecer también a los “consumidores”. A veces, si el “producto” es de difícil digestión, suele practicarse una interpretación muy personal o, simplemente, se tergiversa todo lo que no es susceptible de ser tergiversado. Ahora bien, quien quiera acercarse a *La caverna* con la intención de permanecer indiferente a todo tipo de provocaciones, debería pensárselo dos veces. Es evidente que, en lugar de preguntarse si él mismo se parece, poco o mucho, al joven protagonista, siempre puede pensar que el autor ya debe de saber –sobre todo después de leer la presentación de R. Pérez– qué tipo de “psicomaquia” mantiene consigo mismo. Pero lo más probable es que la tranquilidad le dure poco, ya que casi nadie renuncia tan fácilmente a la oportunidad de comprobar, con la ayuda inestimable de un test como éste –me refiero, naturalmente, a l’autoevaluación surgida de su lectura–, que, como era previsible, su madurez ya es algo consolidado. En todo caso, si R. Sirera no sabe o no quiere dejar de ejercer su papel de intelectual-fermento de la sociedad, si sus obras, incluso desde una lectura literal, acaban sacudiendo las conciencias, el lector debería tener el derecho de interrogarle sobre su grado de compromiso y coherencia.

Pues bien, un mínimo sentido de la justicia obliga a reconocer la correspondencia entre la teoría y la práctica en lo tocante a la trayectoria personal, intelectual y artística del escritor valenciano, bien solo o en colaboración con su hermano Josep Lluís. Su largo currículum como teórico, crítico, actor, traductor, guionista, dramaturgo, asesor, director o gestor teatral se caracteriza, de una forma u otra, por una voluntad firme de poner el teatro al servicio de la sociedad²¹. Sin duda aspira a transformarla, pero, en cualquier caso, predicando con el ejemplo, trabajando de una manera incansable. Muy pronto, en el seno del teatro universitario e independiente, participa del deseo de renovación del sistema político en los últimos tiempos del franquismo, uniéndolo a la reivindicación nacional valenciana y a la recuperación de sus señas de identidad como la lengua²². Recuperada la democracia, presiona a las instituciones para que el voluntarismo anterior pueda convertirse en un teatro profesionalizado que llegue a la mayoría del público. Promueve la creación de infraestructuras. Adopta una concepción dinámica para un

²¹ Para una visión global de la trayectoria de R. Sirera y un análisis pormenorizado de sus obras, bibliografía, etc., véase R. Pérez González. *Guía per recórrer Rodolf Sirera*, pendiente todavía de publicación y que he podido consultar en soporte informático por gentileza del autor y del mismo R. Sirera.

²² Para todo lo referente, en cambio, al teatro de posguerra del país valenciano, véase, por ejemplo, Ferran Carbó y Santi Cortés, *El teatre en la postguerra valenciana* (1939-1962), Quaderns 3 y 4, Valencia 1997.

futuro *Teatre Nacional Valencià*, pensando en un conjunto de centros dramáticos, con locales y compañías, extendidos por toda la geografía del país y con plena autonomía por lo que hace a la programación. Desde la *Conselleria de Cultura de la Generalitat Valenciana*, redacta el *Projecte de gestió teatral*, dirige y codirige diversos teatros públicos, es nombrado *Cap del Sevei de Música, Teatre i Cinematografia*, etc. Acaba abandonando precisamente la gestión pública del teatro valenciano cuando considera que es obstaculizada por intereses políticos. En suma; una dilatada trayectoria de concienciación propia y ajena, de reflexión y de servicio que con todo derecho, a mi entender, le exime de recurrir al educado hábito de la *captatio benevolentiae* para no cortar la digestión de lectores-espectadores sensibles e incluso susceptibles²³.

²³ Éste es el texto de la conferencia que di en el Institut d'Estudis Catalans el 28 de noviembre de 1997. Me interesa remarcar que he querido centrarme exclusivamente en el referente platónico, pero, ya en el turno abierto de palabras posterior a la conferencia, el Dr. Carles Miralles apuntó otra dependencia posible, *La vida es sueño* de Calderón de la Barca, que me parece incuestionable, aunque yo haya seguido otro camino. El mismo autor, R. Sirera, que ha tenido la amabilidad de leer el texto y se muestra complacido con la lectura platónica por la que me he inclinado, me hizo la misma observación. Aprovecho, pues, la oportunidad para señalar que la construcción en tres jornadas de *La caverna* nos retrotrae al teatro barroco, y que la muerte del amigo del contrabandista –confesión del dramaturgo– sería la extrapolación de la de Clarín, el gracioso, compañero fiel de Segismundo (jornada III, esc. XIII).